



**DISCURSO DE INCORPORACION**  
pronunciado en la Facultad de Teología

POR DON

ISMAEL GUZMAN OVALLE

---

Señor Decano y señores miembros de la Facultad:

Llamado por vuestra benignidad a tomar parte de esta dignísima Corporacion, no creeria cumplir con un deber elemental de cortesía i de gratitud, si no empleara esta mi primer palabra en agradecer con toda la efusion de mi alma, a todos i a cada uno de los señores miembros de la Facultad, tan honrosa como inmerecida distincion.

I sube de punto mi reconocimiento cuando considero, por una parte tan en blanco la hoja de mis servicios prestados a la Iglesia, i por otra, las venerandas figuras que dejaron oír en este mismo recinto sus voces llenas de sabiduría i de prudencia; esos varones ilustre en la piedad i en la ciencia, cuyos nombres, gloria i ornato de la Iglesia i de la Patria, han quedado para siempre esculpidos en los muros de estos claus-

tros, i que, no por haber desaparecido del escenario de la vida, han desaparecido de nuestra memoria i de nuestra mas profunda veneracion.

Sobremanera grato me es el deber que me imponen los Estatutos de la Facultad, de recordar por su nombre a uno de ellos: a aquél cuyo asiento habeis querido que yo ocupe, por haber ido ya él a recibir en una vida mejor el premio i galardón de sus egregias virtudes; a aquél que ayer no mas dejó en el seno de la Facultad este vacío, tanto mas doloroso cuanto mas difícil de llenar; a aquél a quien todo el respetable clero de la Arquidiócesis amaba con entrañable ternura, reconociéndolo como su mas esclarecido Maestro; a aquél a quien mirábamos todos como una de esas preciosas reliquias que todavía nos quedaban de los tiempos mas esplendorosos de la Iglesia Chilena; a aquél que supo hermanar en su persona, en tan raro i admirable consorcio, todos los candores de una inocencia verdaderamente infantil, con todo el peso i gravedad que dan el talento, la ilustracion i la virtud: el señor Presbítero don Luis Vergara Donoso.

Fresca está todavía la memoria de aquellas alegres fiestas que tuvieron lugar en Diciembre último en el Seminario de esta capital, i a que concurrió todo el clero, para celebrar el jubileo sacerdotal del que habia sido su maestro; i ¡oh contraste doloroso! frescos están tambien los sentidos artículos necrolójicos que se publicaron, solo seis meses despues de aquellas fiestas, para lamentar i llorar su triste fallecimiento, juntándose en este caso, como en todas las cosas humanas, las alegrías con los pesares, la vida con la muerte.

¿Qué diré yo de este insigne varón, que vosotros no sepais? ¿Quién hai que ignore la brillante hoja de servicios que prestó a la Iglesia?

Nació el señor Vergara Donoso en la ciudad de Talca el 2 de Octubre de 1842. Fueron sus padres don Ramon Vergara Donoso i doña Pilar Donoso Cienfuegos; tan distinguidos entrambos por la limpieza de su sangre, como por el esplendor de sus virtudes.

Desde sus mas tiernos años se trasparentearon en el niño las singulares prendas con que le habia ricamente adornado la Divina Providencia, mayormente la agudeza de su ingenio, la suavidad de su trato, la dulzura de sus modales; esa alegría simpática i candorosa que le acompañó todos los dias de su vida, i, mas que todo, su natural inclinacion a la virtud.

Colocáronle sus beneméritos padres en el Seminario de Santiago, donde, al calor de una cristiana i esmerada educacion, fué enriqueciéndose su intelijencia con el caudal de los conocimientos humanos, i su corazon con el cultivo de la piedad i con el ejercicio de las virtudes.

Terminados con notable lucimiento sus estudios de humanidades, ingresó en el Curso de Teología, obedeciendo así a la voz de Dios, que lo llamaba, como a Samuel, para el ministerio sacerdotal.

El 30 de Noviembre de 1865 se ordenó de sacerdote; e inmediatamente el Illmo. i Rvdmo. Sr. Arzobispo de Santiago, Doctor don Rafael Valentin Valdivieso, conecedor de las relevantes prendas que adornaban al jóven sacerdote, le confió el cargo de rejentar la Cátedra de Sagradas Escrituras en dicho Seminario, Cátedra que desempeñó a satisfaccion de de todos, i con excepcional contraccion i celo, durante el largo espacio de cuarenta años.

Los estudios relativos a esta disciplina, cuando fueron confiados al señor Vergara, estaban todavia en jérmen: era necesario organizarlos, i llevarlos a aquel grado de perfeccion que reclamaban de consuno la importancia de la materia, la exigencia de los tiempos, i el mismo crédito i buen nombre de nuestro reputado Seminario.

Gracias a sus constantes, pero silenciosos esfuerzos (digo *silenciosos*, porque la modestia fué el manto de honor que veló siempre todos los actos de este insigne varon), al cabo de poco tiempo, los estudios exejéticos estaban en nuestro Seminario a la misma altura que en los mas acreditados Seminarios de Europa.

Nadie ignora la amplitud de conocimientos que demanda la exéjesis moderna. Además de las ciencias puramente eclesiásticas, es indispensable una gran versación en las ciencias físicas i naturales, mayormente en aquellas que, como la jeología, han hecho su aparición en los últimos tiempos, i han utilizado tanto los enemigos de la Revelación para desacreditar el sagrado Testamento, sin lograrlo por cierto. Agréguese a esa suma de tan varios i difíciles conocimientos el de las lenguas sabias, el de tres de ellas a lo ménos, el hebreo, el griego i el latin. Basta eso solo ciertamente para ocupar toda la vida de un hombre.

Tales fueron los estudios a que consagró toda su actividad el nuevo catedrático, i tan fructuosamente lo hizo, que llegó a ser, gracias a su mucha laboriosidad, a la amplitud i agudeza de su talento i a su memoria verdaderamente privilegiada, un excelente teólogo, un consumado moralista i un insigne exéjeta, cualidades que le merecieron el alto honor, raras veces acordado, de que la Santa Sede le otorgara en 1899 el título de Doctor en Sagradas Escrituras.

No basta a quien se dedica a la noble pero penosa tarea de la enseñanza, la versación en las materias de su profesión: es necesario añadir además un conjunto mui complejo de cualidades morales, i sobre todo aquel arte difícil de cautivar los corazones de los alumnos, manteniéndolos en ese justo medio en que se dan fraternal abrazo el respeto i el amor. En este punto el señor Vergara Donoso fué eximio; no hubo quien le aventajara, como podrian atestiguarlo cuantos tuvieron la suerte de ser un día sus discípulos.

Mas veo, señores, que estos mismos sentimientos de cariño i de respeto por mi venerado i querido Maestro de aquellos lejanos e inolvidables tiempos, me llevan mas allá de donde yo quisiera. Voi a abreviar cuanto me sea posible.

El año 1876 la Facultad de Teología le elijió por unanimidad de sufragios para sustituir al Illmo. señor Obispo de Himeria, doctor don Miguel Arístegui, i el 28 de Diciembre de ese mismo año leia en este mismo lugar su majistral discurso

de incorporacion. Desde esa fecha hasta su muerte, es decir, durante el largo período de cuarenta años, aportó al seno de esta ilustre Corporacion el rico caudal de conocimientos que supieron allegar su consagracion infatigable a los estudios serios, su preclaro talento, su escepcional memoria i su reconocida i esquisita prudencia.

La penosa labor de la enseñanza no impedia a este espíritu verdaderamente superior el que se dedicara a otras fructíferas labores, sobre todo a la difusion de las sanas ideas i a la defensa de los fueros de la verdad, por medio de notables artículos que salieron de su pluma, i se publicaron en diversos tiempos en diarios i revistas.

Nuestra iglesia metropolitana usufructuó tambien de sus trabajos: aun se recuerdan las sabias Conferencias doctorales que leyó en ella con jeneral aplauso.

Los Institutos Relijiosos ofrecieron no pequeño campo a su celo i actividad verdaderamente infatigables. Solo mencionaré a las beneméritas Relijiosas del «Buen Pastor», de cuya espiritual direccion se encargó como confesor ordinario durante tres períodos consecutivos, contribuyendo en no pequeña parte, al caritativo celo i al admirable espíritu de observancia que ha florecido en esa sagrada Relijion.

Terminaré aqui, señores, esta rápida reseña biográfica, no sin aplicar a este insigne varon las palabras del profeta Daniel que, con tan singular acierto, le aplicó el dia de su jubileo sacerdotal en una magnífica oracion latina uno de los dignísimos miembros de esta misma Corporacion (1): «Qui docti fuerint, fulgebunt quasi splendor firmamenti: et qui ad justitiam erudiunt multos, quasi stellae in perpetuas aeternitates».

Cumplido mi primer deber de recordar brevemente la memoria de mi venerable antecesor, paso a cumplir el segundo.

---

(1) El señor Vicario Jeneral del Arzobispado, presbítero don Manuel Antonio Roman.

que es desarrollar un tema que pueda interesar a los señores Miembros de la Facultad.

He creído que este tema podría ser el Salterio de David; i me han impulsado a ello no solo la importancia de la materia, sino tambien el anhelo de rendir con esto un homenaje, mui humilde por cierto, a la querida memoria de mi antecesor, cuyo discurso de incorporacion a esta Facultad versó sobre las Sagradas Escrituras, de que forma una parte tan principal el mencionado Salterio. Ni ha óbrado ménos en mi ánimo el deseo de pagar una deuda de gratitud al inolvidable Maestro que durante cuatro años me inició en el dulce i provechoso conocimiento de esa santa disciplina.

De lo mucho que pudiera decirse sobre el Salterio solo voi a considerar las preciosas enseñanzas que contiene.

Procuraré la mayor brevedad que me sea posible, a fin de no fatigar vuestra benévola atencion.

Entre los sagrados libros que componen aquella parte de la divina Escritura que llamamos el Antiguo Testamento, no puede negarse que el de los Salmos o Salterio, ocupa, por muchas razones, el primer lugar.

En este admirable libro se halla contenido cuanto hai de mas útil en todo el Antiguo Testamento, como enseñan, entre otros, San Ambrosio i San Agustin.

Hai mas. En ese divino libro encuentra la Sagrada Teología un tesoro inexhausto, del cual ha echado mano para levantar el magnífico palacio de la ciencia teológica. La Moral cristiana halla en él los mas sabios documentos, para llevar a cabo su obra de la depuracion i perfectibilidad del corazon humano. La Ascética i la Mística han sacado de allí sus mas sabias lecciones de virtud i de piedad, los afectos mas tiernos, mas delicados i mas ardientes, los conceptos mas puros i elevados, los arrebatos mas fuertes i vehementes hácia las altas rejiones de lo sobrenatural i divino. La Elocuencia i la Poesia no hallarán jamas en ningun libro lo que hallan en éste con maravillosa profusion: los pensamientos mas bellos, mas oriñinales, mas profundos i mas subli-

mes; las comparaciones mas ricas i elegantes; las sentencias mas llenas de gravedad i sabiduría, las imájenes mas vivas i pintorescas, la infinita variedad de todos los sentimientos humanos, i el todo adornado con un colorido i magnificencia verdaderamente orientales. Con razon escribia un autor anónimo en un prefacio o prólogo de un antiguo Salterio estas bellísimas palabras, que, a mi juicio, nada tienen de hiperbólico: «A la verdad, no hai libro debajo del cielo que pueda ser comparado al Salterio».

La versasion en la ciencia sagrada de los Sres. Miembros de la Facultad, me ahorra el trabajo de entrar en prolijas i áridas disquisiciones puramente exejéticas que me llevarian mui léjos, i me facilita en gran manera el camino para entrar de lleno en el fondo mismo de los Salmos, quiero decir, en la consideracion de las preciosas enseñanzas que en ellos se contienen.

¡Qué de cosas no se aprenden con la lectura i meditacion del Salterio! En esos inspirados cantos halla el alma cuanto le interesa conocer acerca de los mas graves i trascendentales problemas, que han preocupado vivamente a la humanidad en todos los lugares i en todas las épocas del mundo: Dios, el hombre, la creacion, la lei, el derecho, la conciencia, el principio i fin de todas las cosas. Todo eso se halla contenido en las inspiradas pájinas de ese divino libro. «Hai en él, dice San Basilio, una Teología completa».

En efecto, pasemos lijeramente la mirada por los diferentes jéneros de Salmos que se encuentran en él, *los dogmáticos*, *los morales*, *los deprecatorios* i *los proféticos*, que son los que mas pueden interesarnos, i hagamos un brevísimo resúmen de las principales enseñanzas que podemos sacar de ellos, para instruccion i provecho espiritual de nuestra alma.

Comencemos por los *dogmáticos*, que son los que en una forma o en otra contienen lo que propiamente constituye el dogma cristiano. En ellos hallará el alma cuanto la sagrada Teología puede enseñarle acerca de la naturaleza de Dios i de sus perfecciones infinitas: su omnipotencia, su sabiduría i

su bondad; su justicia i su misericordia, susimplicidad su inmensidad, su santidad i su providencia; i las hallará expresadas no con el lenguaje oscuro i sutil de las escuelas, sino con brillo i esplendor tan grandes, con una uncion tan santa i tan penetrante, que, apesar de ciertas profundidades, el alma no solo entiende, sino que ve i siente la grandeza i majestad infinita de Dios. ¡Cosa singular! no se vale para eso el Salmista de largos discursos, solo le bastan unas pocas pinceladas. Veamos, en efecto, como nos instruye acerca de la grandeza i majestad de Dios. Deja a un lado las definiciones i las esposiciones teológicas que solo hablan a los sabios, i que las almas sencillas no entienden? Qué es pues lo que hace? Presenta un cuadro magnífico, i con solo mirarlo, grandes i pequeños, sabios e ignorantes, todos ven i sienten la grandeza i magnificencia de Dios. Veamos como lo hace en el salmo 103. Rompe de lleno con estas magníficas expresiones: «Cuán grande eres, ob Señor Dios mio! Revestido estas de gloria i de belleza; cubierto estas de luz como de un vestido. Estendiste los cielos con la facilidad con que se estiende un pabellon o tienda de campaña. Tú haces de las nubes tu carroza, i corres sobre las alas de los vientos».

¡Con qué facilidad i elocuencia pinta su poder infinito, cimentando a la tierra sobre sus propias bases, fijando términos de movediza arena a la furia de los mares, haciendo estremecer la tierra con una sola mirada, haciendo lanzar columnas de humo i de fuego a las montañas con solo tocarlas, contando la muchedumbre de las estrellas i llamándolas por sus nombres, creando al universo con una sola palabra: «Dijo, i todas las cosas fueron hechas; mandó, i todas las cosas fueron creadas». Una sola voz le basta para realizar sus maravillas. «La voz del Señor ha resonado sobre las grandes aguas, a la manera de un trueno espantoso. La voz del Señor está revestida de poder i de magnificencia. La voz del Señor quebranta los cedros, los cedros del Líbano, i los tronchará i hará pedazos como a un débil ternerrillo. La voz del Señor dispara centellas de fuego i hace estremecer al desier-



to» (Ps. 28). Si el poder de una sola palabra, de una sola voz de esa Majestad infinita, nos espanta i aterra ¿qué será pensar en el poder de su brazo?

¿Quiere pintar ahora la inmensidad de Dios que todo lo llena, i su ciencia que todo lo penetra? Solo emplea para ello dos pinceladas i esas pinceladas bastan. «¿Adonde iré yo, que me aleje, oh Señor, de tu espíritu? adónde iré yo que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estas tú; si bajo al abismo, allí te encuentro. Si al rayar el alba me pusiere alas, i fuera a posar en el último extremo del mar, allá igualmente me conducirá tu mano, i me hallaré bajo el poder de tu diestra. Las tinieblas no son oscuras para ti, i la noche es tan clara como el dia: oscuridad i claridad son para ti una misma cosa». (Ps. 138).

Pero donde se manifiesta mas elocuente el Salmista es al hablar de la misericordia de Dios con el pecador arrepentido. Oigamos como lo hace en el salmo 102: «Bendice al Señor, alma mia ... El es quien perdona todas tus maldades, i sana todas tus dolencias. El es el que rescata de la muerte tu vida, i te corona de misericordias i gracias. El, el que sacia con sus bienes tus deseos para que se renueve tu juventud como la del águila. Compasivo es el Señor i benigno, tardo en airarse, i de gran clemencia. No nos ha tratado como merecian nuestros pecados, ni ha dado el castigo merecido a nuestras iniquidades. Antes bien, cuanta es la elevacion del cielo sobre la tierra, tanto ha engrandecido El su misericordia para con los que le temen. Cuanto dista el Oriente del Occidente, tan léjos ha echado de nosotros nuestras maldades. Como un padre se compadece de sus hijos, asi se ha compadecido el Señor de los que le temen; porque bien conoce El la fragilidad de nuestro ser; i tiene mui presente que somos polvo, i que los dias del hombre son como el heno, cual flor del campo, asi florece, i se seca. Porque el espíritu está en él como de paso, i así dejará pronto de existir, i le desconocerá el lugar mismo que ocupa. Mas la misericordia de Dios, permanece ab eterno i para siempre sobre los que le temen.»

¡Qué de enseñanzas no se encuentran en estos pocos versículos! ¿Cómo podía pintarse mejor la misericordia infinita de Dios con el pecador arrepentido? ¿Dónde hallará el alma pusilánime cosa que mas la aliente i la consuele? ¿Dónde hallará el confesor documentos mas eficaces para tranquilizar las conciencias, para enfervorizar los corazones, i para aprender él mismo la compasion i la ternura que debe tener con los que se acercan a él, para descubrirle las ilagas de su espíritu en el tribunal de la penitencia? ¿Dónde hallará el predicador motivos mas poderosos para pintar con elocuencia la fragilidad i miseria de la vida humana, la nada del hombre i la bondad infinita de Dios, que estos pocos versículos de un solo salmo?

No me detengo mas sobre este punto porque la materia es inagotable, i paso a los salmos *morales*, es decir, a aquellos que en su mayor parte nos hablan de nuestros deberes, poniendo delante de nuestros ojos la regla de nuestra conducta.

No ofrecen estos salmos el esplendor i los arrebatos líricos de los anteriores; mas no por eso son ménos hermosos, ni ménos apropiados para una fecunda i provechosa meditacion. Su estilo es mas grave i sentencioso, como lo pide la materia; i son tantas i tan variadas sus máximas i sentencias, que forman un perfecto tratado de Filosofía moral.

En ellos se nos habla de la felicidad verdadera de los justos, aun en medio de los trabajos i penalidades de la vida; i de la desdicha verdadera de los malos, en medio de las apariencias i espejismos de una felicidad engañosa. Allí aparecen los primeros «como el árbol plantado junto a las corrientes de las aguas, cuya hoja no cae, i que da fruto a su debido tiempo; i los segundos «como el polvo que el viento arroja en la superficie de la tierra». (Ps. 1).

¡Con qué admirables pinceladas traza ese divino pintor en el salmo 72, el cuadro de esa prosperidad aparente de los malos, seguida de una catástrofe espantosa en la hora de la muerte! «Esa prosperidad, Señor, dice, era un lazo que les tendias. Derribástelos, Señor, cuando se elevaban a mayor altura.

¿Qué desolacion mas grande que la suya? Helos ahí: de un golpe fenecieron; perecieron así en castigo de su iniquidad. A la nada lo redujiste, Señor, en tu santa ciudad, i su pretendida felicidad desaparecerá entónces como el sueño de uno que se despierta». ¿Qué pintura mas elocuente?

Dejo las citas, porque me haria interminable. Haré solo una lijera reseña de las principales enseñanzas que se contienen en estos sapientisimos salmos.

En ellos se nos pinta con magníficos colores la felicidad inefable del alma cuyos pecados han sido perdonados; el cariño i la solicitud verdaderamente paternales con que Dios la protege, la cobija amorosamente a la sombra de sus alas, la libra de los lazos de los cazadores que son sus enemigos, la rodea con su fidelidad i verdad como con un escudo impenetrable, desvia de ella la flecha que volaba para hêrirla, manda a sus ángeles que la guarden en todos sus caminos, y la lleven en sus manos para que su pie no vaya a lastimarse contra alguna piedra, la hace marchar incólume sobre el áspid i el basilisco, i la reviste de tal fuerza i valentía, que conculcará al leon i al dragon; la hará florecer como al lirio, i como al cedro del Líbano la multiplicará; hará que llegue a una venerable ancianidad; la plantará por fin en su casa para que florezca con perpetua lozanía a la puerta de sus palacios.

Allí se nos enseña con gravísimas sentencias lo que son las vanidades del mundo lo que son los honores i los aplausos que tanto se ambicionan; lo que son la hermosura i jentileza, el poderío i la fuerza; allí se nos descubren las amarguras i remordimientos que se ocultan en la dorada copa de los placeres; las inquietudes i congojas que enjendran las riquezas, los suplicios i las agonías de la mala conciencia.

Allí nos hace ver los estragos de la impiedad i de la licencia dominadoras del mundo, el extravío jeneral de los corazones por sendas de perdicion i de muerte; el fraude i la maledicencia contaminando toda la tierra, la sangre derramada, el pobre i el humilde perseguidos i quebrantados.

Allí se nos enseña a ser humildes i temerosos de Dios, a levantar al cielo nuestros brazos en las aflicciones de la vida, a regar nuestros aposentos con el llanto de nuestros ojos para lavar nuestras culpas; a ser fieles a Dios i a los hombres, a ser sencillos i castos, a obedecer a la lei i a los majistrados, a ser compasivos i misericordiosos con los pobres, los enfermos i los desvalidos; a tomar bajo nuestra proteccion i amparo al huérfano i a la viuda, a no desesperar jamas del auxilio i de la misericordia divina, a amar la justicia i la verdad, a aborrecer el dolo i la mentira, la injusticia i la iniquidad, a mirar la presente vida como una peregrinacion hácia lo eterno, a suspirar solo por los tabernáculos del Señor, a vivir siempre allá con nuestro corazon i con nuestras esperanzas. Para decirlo todo en una sola palabra: allí se nos enseña cuanto habemos menester para ser felices en el tiempo i en la eternidad. Sin duda que la atenta lectura i meditacion de estos admirables salmos, nos dejaría mucho mayor provecho que la de tantos otros libros por mas recomendables que sean, porque al fin, en éstos es el hombre el que nos habla, i en aquellos es el mismo Dios.

I no digo más sobre los salmos morales, a fin de pasar a los *deprecatorios*, es decir, a aquéllos que no solo nos enseñan a orar, como lo hacen jeneralmente los demas libros, sino que nos ponen en nuestro corazon i en nuestros labios las mas bellas i devotas oraciones.

Mucho necesita el hombre en la presente vida de la enseñanza doctrinal i moral; está envuelto en tantas tinieblas, i le engañan i seducen tantas i tantas pasiones. Con todo, hai algo de que necesita mas, i es de consuelo, porque son mayores i mas numerosos sus trabajos i sus dolores que sus ignorancias i sus apetitos.

Pues bien ¿dónde hallará ese consuelo que tanto necesita i anhela, mejor que en los salmos deprecatorios? Ellos le enseñan a orar, le ponen la oracion en los labios, aquellas oraciones compuestas por el mismo que conoce a fondo, mas

aun que nosotros mismos, todas nuestras necesidades, porque ¿quién sino El fué el que hizo el corazon humano?

Sí, esos salmos le enseñan a orar, i enseñándole orar, haciéndole orar, le suministran el mejor bálsamo para curar sus heridas i para consolarle en sus aflicciones. Las lágrimas i los jemidos alivian al corazon angustiado, i esas oraciones de los salmos arrancan precisamente esas lágrimas i jemidos consoladores. ¿Quién no lo ha experimentado alguna vez? ¿Quién, por mas duro e insensible que sea, viéndose reo de grandes pecados en la presencia de Dios, puede rezar sin conmoverse los salmos penitenciales, i pronunciar con el corazon frio expresiones de tanto dolor i contricion como éstas: «Delante de mis ojos, Señor, tengo siempre mi pecado; contra ti solo he pecado; he cometido la maldad delante de tus ojos»? ¿Qué palabras mas llanas i sencillas, i, no obstante, qué plegaria mas triste i dolorosa?

No hai arpa, ni cítara ni instrumento alguno que tenga tantas cuerdas i sonidos como son los sentimientos i afectos del corazon humano, i, no obstante, los reproduce todos esa arpa misteriosa del divino Salterio, desde los ayes desgarradores de los salmos penitenciales hasta las notas de inefable júbilo de los Laudate i de los Alleluia.

Sabido es, que el corazon en las grandes pasiones, sea de alegría o de tristeza, de amor o de odio, miéntras mas siente ménos habla. El lenguaje de los grandes sentimientos son esos gritos que nada significan i que lo significan todo. Por eso entre las oraciones vocales las jaculatorias tienen una fuerza i encanto particulares para las almas que aman apasionadamente a Dios. Se quisiera muchas veces en una sola palabra condensar todos los sentimientos. ¿No es eso lo que hace una madre llamando a su tierno niño con ese lenguaje del corazon i del amor ardiente que no se traduce sino por palabras breves i entrecortadas, pero que dicen mas que todos los discursos? ¿No gusta ella de llamarle su luz, su alegría, su regalo, su amor, su vida? ¿Y no es esto lo que hallamos tambien con profusion en los salmos? Ved como

habla el Salmista con su Dios: Domine, firmamentum meum, refugium meum, adjutor meus, protector meus et libertator meus; susceptor meus, cornusalutis meae, illuminatio mea, salus mea, protector vitae meae; salvator meus, fortitudo, exsultatio, laus et gloria mea. ¿Qué oraciones mas breves? i, no obstante ¿qué palabras mas regaladas i mas llenas de sentimiento? ¿qué lenguaje mas gustoso para el corazon apasionado de Dios?

Nuestras oraciones las más de las veces no son sino jendidos; es tanto lo que se sufre en la vida. Ahora bien ¿hai gemidos mas hondos que los que se modulan en el Salterio? ¿Qué ayes mas dolorosos que los del salmo 30? «Mi vista, mi espíritu i mis entrañas se han conturbado; de puro dolor se va consumiendo mi vida, i mis años con tanto jendir. Se ha debilitado mi vigor a causa de mi miseria; he venido a ser el oprobio de mis enemigos. Los que me veian, huian léjos de mí; fuí borrado de su corazon, i puesto en olvido como un muerto; fuí considerado como un mueble inútil».

¡Ah! no hay ciertamente manual alguno de oraciones que se acerque ni de léjos siquiera al libro de los Salmos. En él hallará el alma una oracion adecuada para cada una de sus diferentes necesidades, i para todas las circunstancias en que pueda encontrarse en la vida: en la prosperidad i en la adversidad, en la abundancia i en la pobreza, en la alegría i en la tristeza, en los honores para que el corazon no se engría i levante i en las humillaciones para que no se abata i desespere; en las arideces i penalidades de las purificaciones del espíritu, i en los vuelos i arrebatos del alma por las altas rejiones de lo sobrenatural i divino. El pecador arrepentido hallará el genuino lenguaje del dolor i de la contricion; el alma tentada i aflijida, los afectos mas consoladores i los motivos mas poderosos para hacer renacer en su corazon abatido la esperanza del cielo i la confianza en Dios; el alma fervorosa, los afectos mas ardientes i mas puros para dar libre expansion al fuego que la devora i la consume.

Si yo no temiera abusar de vuestra benevolencia traeria

aquí mil hechos de la historia que atestiguan esta verdad. Recordaría a Pablo i a Silas, encarcelados i cargados de cadenas en Filipos, con el cuerpo todo herido por los azotes, rompiendo el silencio de la noche, como se lee en el libro de los hechos, para entonar las alabanzas del Señor, olvidando con la virtud divina de esos cantos los dolores de sus heridas, el peso de sus cadenas i los rigores de la prision, i trasladándose en espíritu a lo mas alto de los cielos en alas de los encendidos afectos que arrancaban de sus pechos aquellos himnos sagrados. Recordaría a Pablo ermitaño, recitando sus salmos al pie de la palmera lejendaria, sin estrañar en aquellos páramos desiertos la compañía i conversacion de los hombres, por comunicarle sus cantos con los moradores del cielo. Recordaría aquellos remotísimos tiempos en que el profeta sosegaba su espíritu perturbado, aplicando el oido de su corazon a las armonias del salterio; i a los cautivos de Babilonia regresando a la patria despues de cuarenta años de destierro, i haciendo resonar los aires con las alabanzas de Dios. Recordaría por fin aquellos sentimientos que se agolpaban en el corazon del penitente Agustin, todavia catecúmeno, cuando leia i meditaba los sagrados salmos. «Qué voces os daba yo, Dios mio, escribe el santo en el libro de sus confesiones, cuando me ocupaba en leer los salmos de David! . . . Cuando leí aquellas palabras: *In pace in idipsum dormian, et requiescam*, exclamaba yo de lo mas profundo de mi corazon: Oh paz! oh paz! oh reposo inalterable! . . . Estas cosas leia yo en ese salmo, i leyéndolas se encendia e inflamaba toda mi alma.» Tales eran los sentimientos que experimentaban los santos al recitar el divino salterio.

Réstame solo de hablar de los salmos *proféticos*. Ellos nos suministran en abundancia aquellas profecías relativas a la sagrada persona de Jesucristo, las cuales constituyen uno de los motivos mas fuertes de credibilidad de que echa mano la Teologia isagójica, para defender la Religion.

¡Qué de enseñanzas nos dan en este puntos los salmos proféticos! qué arsenal de argumentos nos suministran para

combatir a la incredulidad i la impiedad! En ellos se halla contenida toda la vida de Jesucristo escrita centenares de siglos ántes de que viniese al mundo. Allí se habla de su divinidad i de su humanidad. No es la voz del Salmista la que se oye en esos divinos salmos; es la voz de Jesucristo. A veces habla con toda la autoridad i majestad que es exclusiva de un Dios: habla de su trono que durará para siempre, de su sacerdocio eterno, de su imperio que se estenderá hasta los últimos confines de la tierra, de su jeneración eterna: «tú eres mi hijo; yo te engendré hoi» (Ps. 2) le dice Dios; «De mis entrañas te engendré, ántes de existir el lucero de la mañana» (Ps. 109).

Otras veces es la humanidad la que habla, pero aquella humanidad santísima que no reconoce en sí ni la mas lijera sombra de pecado, es el pontífice santo, inmaculado i segregado de los pecadores el que habla entónces con la confianza que le da su santidad perfecta.

Otras veces toma el lenguaje de un pecador cubierto de crímenes, digno de toda la cólera de Dios; es que se mira entónces como el fiador de la deuda enorme de la humanidad entera, i ve sobre sus hombros las iniquidades todas del mundo, «desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías» i hasta la del último de los mortales al acabar los siglos. Entónces es cuando el Salmista, digo mal, entónces es cuando Jesucristo por boca del Salmistas jime, se aflije, llora, alza al cielo sus brazos i su lánguida mirada, i viendo la ira del Padre que está armada contra él porque al cargarse de nuestros pecados *peccatum fecit*, segun la atrevida espresion de San Pablo, implora con tristes voces su auxilio i su misericordia. Llenos están estos divinos salmos, a manera de elejías tristísimas, de esos ayes i lamentos desgarradores. ¡Cómo se enternece el alma devota cuando rezando esos salmos piensa dentro de sí: estos lamentos, estos tristes ayes, estas voces de piedad, de perdon i de misericordia, no son voces de David, son voces de Jesucristo, i son voces que da por los pecados míos!



Otras veces se ve escuchado i perdonado por la misericordia, del Padre, se mira como el objeto de las eternas complacencias, i brotan entónces de su corazón agradecido esos himnos ardientes, esos salmos eucarísticos que aprendió allí a modular el corazón de la humanidad.

Otras veces se nos ofrece a la vista en las afrentas i agonías de su pasión; otras, como vencedor del pecado i de la muerte. Veamos todo esto de un modo mas particular i tangible.

Allí en esos salmos nos lo muestra el salmista apareciendo en la tierra como el sol en los espacios inconmensurables, i luego como él, hacer su carrera a la manera de un gigante desde el Oriente hasta el Poniente, llevando por todas partes la luz de la verdad, iluminando al mundo entero con esa luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, como dice San Juan, sin que quede lugar alguno donde no llegue el influjo de su benéfico calor, segun aquello del mismo Apóstol: De plenitudinee jus nos omnes accepimus. Allí nos lo muestra tantos siglos ántes, en aquel preciso momento en que tomó carne mortal en las virginales entrañas, i se ofreció a su Padre como víctima agradable en vez de los holocaustos antiguos. Así nos lo enseña el apóstol San Pablo, que entendia en este modo aquellos versículos del salmo 39 que dicen así: «Tú no has querido sacrificios ni oblações, pero me has dado oídos perfectos. Tampoco pediste holocausto ni víctima por el pecado. Yo entónces dije: Aquí estoi. Yo vengo, como está escrito al frente del libro de la lei, para cumplir tu voluntad». Brevemente: allí se anuncia el ardor de su celo: «El celo de tu casa me devoró;» i el carácter de sus predicaciones que seria valiéndose de parábolas: «Abriré mi boca para hablar en parábolas». (Ps. 68 i 77). Allí habla el Salmista del odio gratuito que le tendrán sus enemigos: «Me han aborrecido sin causa alguna» (Ps. 34); de su sacerdocio eterno: «Juró el Señor, i no se arrepentirá, i dijo: Tú eres sacerdote eterno, segun el orden de Melquisedec» (Ps. 109). Allí se lee el testimonio que el Salvador debía recibir de boca de los

niños al entrar triunfante en Jerusalem: «De boca de los infantes i de los niños de pecho sacaste la mas perfecta alabanza» (Ps. 8).

Mas ¿para qué sigo citando los testos de los salmos uno a uno? ¿Necesito acaso del Evangelio para conocer toda la vida de Jesucristo? ¿No está ya todo anunciado en los salmos? ¿No se le ve allí traicionado i vendido por uno de los que se sentaban a su mesa i compartian su amistad? ¿No se le ve allí en agonías en un todo semejantes a las de Getsemaní, i luego enclavado de pies i manos en la cruz, i estirados sus miembros a la fuerza hasta el extremo de que podia el Salmista contar uno a uno todos sus huesos? ¿No se le vé allí en el salmo 21 abrevado de hiel i vinagre, i muerto de sed? ¿Qué profecías mas claras i patentes? «Me he disuelto como agua, i todos mis huesos se han desencajado. Mi corazon está como una cera derritiendo dentro de mis entrañas. Todo mi verdor se ha secado como un vaso de barro cocido; mi lengua se ha pegado al paladar. Han taladrado mis manos i mis pies; han contado mis huesos uno a uno». ¿Hai mas todavía? Si; «Repartieron entre sí mis vestidos i sortearon mi túnica.» ¿No parece que es el Evangelio i no los salmos lo que estamos recordando? Hasta el grito del desamparo está anunciado allí con las propias palabras: «Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?»; i hasta la despedida misma de la muerte: «Padre mío, en tus manos encomiendo mi alma» (Ps. 3, 21 i 30).

¿Cómo se robustece nuestra fé considerando estas citas! Pero demos todavía un paso mas.

La vida gloriosa de Jesucristo está trazada tambien en esas poesías inmortales. Allí se le ve levantarse glorioso del sepulcro, vencedor del pecado i de la muerte, vestido de gloria i de júbilo, i elevarse sobre las nubes, i subir entre coros de ánjeles por los elevados espacios hasta llegar a las puertas eternas, i atravesar por ellas, dejándolas para siempre jamas abiertas; «Me levantaré al rayar la aurora»; «levántese Dios i sean disipados sus enemigos; su carroza va

acompañada de millones de ángeles; ascendió Dios entre voces de júbilo, i el señor al son de las trompetas: cantad, cantad salmos a nuestro Dios; cantad, cantad salmos a nuestro Rei, porque El es el Rei de toda la tierra». «Ascendiste, Señor, a lo alto llevando contigo a los cautivos». «Levantad, oh príncipes, vuestras puertas; i elevaos vosotras, oh puertas de la eternidad; i entrará el Rei de la gloria. ¿Quién es ese Rei de la gloria? Es el Señor fuerte i poderoso; es el Señor poderoso en las batallas, el Señor de los ejércitos, el Rei de la gloria», (Ps. 23, 46, 56 i 67). Allí le vemos subir aun mas arriba, i dejar atras los coros de los anjeles, i subir, subir siempre hasta llegar al trono que le espera a la derecha del Padre, i sentarse allí con plenitud de poder i majestad: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha» (Ps. 109).

No paran aquí los vaticinios del Salmista; con su mirada profética avanza muchos siglos mas aun; las jeneraciones humanas van pasando ante su vista como las olas del mar.

Predice el levantamiento de judíos i jentiles contra la recién nacida Iglesia en el célebre salmo *Quare fremuerunt*; anuncia la reprobacion del pueblo judío en el salmo 68; señala la vocacion de la jentilidad al seno de la Iglesia, los rápidos progresos del Evanjelio, i las horribles persecuciones de que será víctima el pueblo fiel. Va aun mas léjos: pronostica la vuelta a Dios del pueblo deicida allá al fin de los tiempos; profetiza el segundo advenimiento de Jesucristo en el último dia del mundo, cuando tendrá el principado entre los esplendores de los santos que formarán en ese dia su corona de gloria: «*Tecum principium in die virtutis tuae in splendoribus sanctorum*», (Ps. 109), i llega hasta pronunciar el anatema último que lanzará el divino Juez en ese dia solemnísimo, contra los que conculcaron sus leyes i su obediencia, como se lee en el salmo 60: *Discedite a me omnes qui operamini iniquitatem: apartaos de mi, obreros de iniquidad*».

He terminado, Sres., la rápida reseña de las principales enseñanzas que se contienen en el Salterio. Pongo, pues, punto

final a mi discurso, no sin declarar que no he pretendido ni por un instante ilustrar con mis palabras vuestra clara inteligencia en materia que conoceis sobradamente.

Si he levantado mi humilde voz en el seno de tan digna Corporacion ha sido solo para llenar esta formalidad exigida por sus Estatutos.

Hijo de obediencia he creido ver en ello la voluntad de Dios, i he procurado cumplirla a la medida de mis fuerzas.

